

presentan capitales enormes. La iglesia de Brou, que se construyó al terminar el siglo quince, costó veinticuatro millones, en una época en que el jornal del trabajador era muy exíguo; en la actualidad hubiera costado ciento cincuenta millones, y solo se necesitan tres días y trescientos francos para derribarla.

Además, si se apoderara de nosotros el loable deseo de reconstruir esos prodigiosos edificios, no podríamos conseguirlo. Carecemos ya del génio de esos siglos y la industria ha reemplazado al arte.

Terminaremos aquí estos apuntes, ya que para tratar como se debe este asunto sería preciso escribir un libro. Sin embargo, nos proponemos recordarlo con frecuencia, como aquel antiguo romano que repetía muchas veces: *Hoc censeo, et delendam esse Carthaginem*. Como él repetiré, sin cansarme nunca, que no se deben derribar los monumentos de Francia.

IMBERT GALLOIX

1833.

Imbert Galloix era un joven pobre, natural de Ginebra, hijo ó nieto, si no nos es infiel la memoria, de un antiguo profesor de caligrafía de su país; era un ginebrino bien educado é instruido, que llegó á Paris hace seis años con recursos para vivir un solo mes, pero lleno de las ilusiones que han engañado á tantos, de que Paris es la ciudad de la suerte y de la lotería, en la que el que juega con habilidad acaba por sacar el premio; una metrópoli bendita en la que hay porvenir para todos, que cada uno puede elegir y ajustar á los deseos de su existencia; que es una tierra de promisión, que abre horizontes magníficos á las inteligencias en todas direcciones; que es un vasto taller de la civilización, en el que todas las capacidades encuentran trabajo y hacen fortuna; que es un Océano en el que hay pesca milagrosa; en una palabra, que es una ciudad en la que se consigue éxito rápido, en la que con actividad, en menos de un año, el hombre de talento que entra en ella descalzo sale en coche.

Imbert Galloix llegó á Paris el mes de Octubre de 1827 y murió de miseria en el mes de Octubre de 1828. No se tome

como hipóbole que dicho joven muriese de miseria en Paris; esto no quiere decir que algunos hombres de las clases inteligentes y humanitarias, que se llaman *artistas*, y algunos jóvenes pensadores y estudiosos, con los que trabó amistad al llegar á Paris, desconocido de todos, no le recibiesen estrechándole la mano, dándole algunos consejos y algunos socorros, abriéndole la bolsa cuando tenía hambre y el corazón cuando lloraba. Inútil es decir que varios de estos se empeñaron por pagarle el alquiler del último mes y los gastos de su postrera enfermedad, y que el carpintero no tendría que reclamar el importe del ataud. ¿Pero morir así no es morir en la miseria?

En cuanto llegó á Paris, solo, confiado y sin recomendación ninguna, se presentó en tres ó cuatro casas. A propósito de esto, nos decía hace pocos días uno de los que fueron testigos de sus primeras ilusiones y de sus últimos momentos de agonía:

“En Octubre de 1827, una mañana bastante fría, cuando estaba yo desayunándome, se abrió la puerta del comedor y entró un hombre. Era un joven, algo encorvado, de ojos brillantes, de cabellos negros, de pómulos rojos; llevaba sobre todo blanco bastante nuevo y sombrero viejo. Me levanté y le hice sentar; balbuceó algunas palabras entrecortadas, entre las que solo oí éstas con claridad: *Imbert Galloix, Ginebra, Paris*. Pero comprendí que aquel era su nombre, que había nacido en la primera de las ciudades que citó y que deseaba adquirir posición en la última. Empezó á hablarme de poesía, y llevaba un rollo de papeles debajo del brazo. Le acogí complacido, y noté que ocultaba los pies debajo de la silla con embarazo y casi con vergüenza: de vez en cuando tosía. Al día siguiente, que llovió mucho, el joven volvió á presentarse y estuvo conmigo tres horas. Gastaba buen humor y tenía muchas ilusiones. Me habló de los poetas ingleses, que yo apenas conozco, exceptuando á Shakespeare y Byron. Tosía con frecuencia y seguía escondiendo los pies debajo de la silla. Por fin me apercibí de que llevaba rotos los zapatos y mojados. No me atreví á decir nada sobre esto. Se marchó sin hablarme de otra cosa que de los poetas ingleses.”

Del mismo modo se presentó en otras casas, es decir, en las de tres ó cuatro hombres consagrados al estudio del arte y de la poesía. Le recibieron bien, le die-

ron ánimos y le socorrieron algunas veces. Esto no le impidió morir de miseria como antes dijimos.

En los primeros meses de su estancia en Paris le caracterizaba ardiente y febril curiosidad. Quería ver, oír y palpar á Paris; no al Paris que habla de política, lee *El Constitucional* y está de guardia en la Alcaldía; no al Paris que acuden á admirar los provincianos desocupados, el Paris de San Sulpicio, el del Panteón, el de las Bibliotecas y el de los Museos; lo que quería conocer, y despertaba su curiosidad, era el pensamiento, era la misión literaria de Paris, su civilización y su progreso. Lo que más preocupaba á dicho joven era estudiar el nuevo desarrollo del arte, y allí donde oía sonar el yunque literario, allí acudía, allí manifestaba sus ideas, dejando que se las machacase la discusión, y con frecuencia á fuerza de martillazos conseguía hacerlas deformes. Imbert Galloix es uno de los ejemplos más notables del peligro que entraña en sí la controversia para los espíritus de segundo orden: cuando murió, ya no le quedaba en el cerebro ni una idea recta.

Lo que le caracteriza en los últimos meses de su residencia en Paris, que fueron los últimos meses de su vida, es el profundo desaliento en que cayó. No quería ver, ni oír, ni decir nada. En pocos meses, por una transición cuyo misterio dejamos que profundice el lector, el pobre joven llegó desde la curiosidad hasta el tedio.

Al llegar á este punto de nuestro relato, nos ocurren varias preguntas, que propondremos sin resolverlas. ¿Qué es lo que contribuyó á desilusionarle? ¿El motivo fué interior ó exterior? ¿Dejó de tener fé en él ó en el mundo? Después de haber examinado á Paris, ¿le pareció demasiado grandioso ó demasiado mezquino? ¿Se consideró demasiado débil ó demasiado fuerte para dedicarse gozosamente al trabajo en el taller inmenso de la civilización? En una palabra, la causa de la inacción voluntaria que apresuró su muerte, ¿fué el temor ó el desprecio? Lo ignoramos. Lo cierto es que, después de haber estudiado á Paris, se cruzó tristemente de brazos y ya no quiso trabajar. ¿No quiso trabajar por pereza, por cansancio ó por estupor? Creemos que por los tres motivos. No encontró lo que buscaba ni en Paris ni en sí mismo. Paris no era como él lo había soñado, ni él el hombre que se imaginaba ser. Cuando se le desvaneció este do-

ble sueño, se cruzó de brazos y se dejó morir.

Hemos dicho que *se dejó morir*, porque su muerte, tanto física como moralmente, fué una especie de suicidio. Permítanos en este caso que no descubramos nuestro pensamiento. El hecho es que se negó á trabajar: le habían buscado ocupación, de poco lucro, es cierto, pero que le producía lo suficiente para vivir: podía ocuparse en confeccionar diccionarios, compilaciones, biografías de personajes contemporáneos, pagándole á veinte francos cada columna. Durante algunos días escribió algunas líneas en esos trabajos diferentes; después le faltó el ánimo y no quiso continuar. La ociosidad se apoderó completamente de él. La enfermedad lenta que le minaba desde la niñez se agravó y le sobrevino la fiebre. A los dos ó tres meses falleció. Apenas había cumplido veintidos años.

Propiamente hablando, el país que su imaginación soñaba no era Francia, era Inglaterra; no debía haber ido á Paris, sino á Londres. Así se desprende de las líneas escritas que nos dejó al morir, en los últimos días de su vida, cuando el sufrimiento empezaba á desorganizar su razón, cuando sus ideas semiapagadas apenas brillaban en su cerebro. Decía que la principal condición para ser dichosos consiste en nacer en Inglaterra. Quería ir á ese país para obtener el título de lord, el de gran poeta y para hacer allí fortuna, y por eso estudiaba con ahinco el inglés, que era su única ocupación. El día de su muerte, sabiendo que iba á morir, tenía en la cama una gramática inglesa y la repasaba.

Imbert Galloix murió triste y anonadado, desesperado, sin vislumbrar ninguna visión de gloria. Había enterrado columnas de prosa bastante vulgar, según él mismo decía, en el rincón más oscuro de una de esas torres de Babel literaria que los editores llaman *Diccionario biográfico*, y estaba bien persuadido de que nadie desenterraría su prosa. Respecto á los pocos ensayos poéticos que había intentado en los últimos días de su vida, como estaba tan descorazonado, hablaba de ellos con tristeza y con demasiada severidad. Su poesía no era más que un bosquejo. En la oda sus versos eran demasiado jadeantes, y tenía corto aliento para correr con firmeza hasta el final de la estrofa. Su pensamiento, estropeado por los laboriosos partos, llenaba con gran trabajo las sinuosidades del ritmo, y en él dejaba con

frecuencia lunares por todas partes. Po- seia curiosidades de ritmo y de forma que pueden ser en los talentos comple- tos una cualidad más, preciosa acaso, pero secundaria, y que no basta á suplir á ninguna cualidad esencial. No es su- ficiente que un verso tenga buena for- ma; es absolutamente preciso, para que tenga perfume, color y sabor, que en- cierre una idea, una imágen ó un senti- miento. La abeja construye artísticamen- te los seis panales de su alvéolo de cera, y despues los llena de miel. El al- véolo es el verso, la miel es la poesía.

Galloix estaba más en su centro escri- biendo elegias; en ellas algunas veces palpitaba la poesía á la par que su co- razon, pero tambien en este género le faltaba con frecuencia la facultad de expresarlo todo. Su cerebro se resistia generalmente á toda produccion litera- ria. A veces, á fuerza de sufrir, el poeta se trocaba en hombre, la elegía en con- fidencia y el canto en grito; entonces era hermoso lo que escribia.

Como no tenia fé en el valor esencial y duradero de su prosa ni de sus versos, como no tuvo tiempo para realizar nin- guno de sus sueños de artista, murió con la conviccion desoladora de que nin- guna de sus obras sobreviviria. Vivió engañado, porque le ha sobrevivido una carta.

Segun nuestra opinion, esta carta es admirable, elocuente, profunda, febril, dolorosa, loca y única; es una carta que refiere toda la historia de un alma, que pinta una vida y una muerte; carta ex- traña, verdadera carta de poeta, llena de ilusiones y rebosando verdades.

El amigo á quien Imbert Galloix la dirigió ha querido confiárnosla, y la va- mos á publicar, porque dá á conocer mejor á Galloix que todo cuanto nos- otros pudiéramos decir. La publicamos tal como él la escribió, con sus faltas gra- maticales y con las expresiones de su es- tilo ginebrino. Las dos ó tres supresio- nes que en ella hemos hecho nos las han impuesto conveniencias rigurosas que todo el mundo comprenderá. Queremos que la publicacion de esta carta, con la idea de que interese al arte, sea lo más impersonal posible, por lo que los nom- bres propios, que están escritos con to- das sus letras en el original, los pondre- mos con iniciales, con la idea de no herir susceptibilidades.

Dicho esto, repetimos que hemos res- petado religiosamente la esencia de la carta, sin cambiar en ella una sola pa-

labra ni desfigurar un detalle. Creemos que inspirará el interés que nos ha des- pertado á nosotros la confesion miste- riosa de un alma que se parece muy poco á la de los otros hombres, y que, sin embargo, los retrata á casi todos. Esto es, en nuestro entender, lo que ca- racteriza esta carta singular:

“Paris 11 Diciembre 1827.

“Mi querido amigo D...

Hace ocho dias que me propongo es- cribiros, pero la tristeza, la enfermedad que sufro, las distancias de Paris, que nos roban la mitad del dia, todo esto ha impedido realizar mis propósitos. He sufrido y sufro mucho todavía, y es im- posible que dé hilacion á la carta, que os describa el estado de mi alma y que ma- terialice con palabras frias las doloro- sas y perpétuamente sucesivas impresio- nes que se han apoderado de mí. Estamos á 11 de Diciembre y son las tres. He an- dado, he leído, hace un tiempo magní- fico y sufro horriblemente. Llegué aquí el 27 de Octubre, y hace ya un mes que languidezco y que vejeto sin esperanza. Durante algunas horas, durante algunos dias, mi desesperacion tiene visos de lo- cura. Fatigado, crispado física y moral- mente, he recorrido sin descanso las ca- lles fangosas y ahumadas, desconocido y solitario entre inmensidad de séres que tambien se desconocen recíprocamente.

Una noche me apoyé en uno de los muros de un puente del Sena: millares de luces se extendian hasta el infinito y el rio seguia su curso. Estaba tan ren- dido, que no podia dar un paso, y clava- do allí me ví obligado á sufrir las miradas de los transeuntes, que quizá me toma- rian por un loco; era tanto lo que sufrí, que ni tenia fuerzas para llorar. Ayer os chanceábais en Ginebra respecto á mis sensaciones; pues bien, aquí las devoro en la soledad; me atormentan continua- mente, y todo se confabula para destro- zarme el alma; todo, el sentimiento in- menso y continuo de la nada de nuestras vanidades, de nuestras alegrías, de nues- tros dolores y de nuestros pensamientos; la incertidumbre de mi situacion, el temor á la miseria, mi enfermedad nerviosa, mi oscuridad, la inutilidad de los pasos que doy, el aislamiento, la indiferencia, el egoismo, la soledad del corazon, las ne- cesidades de respirar al aire libre, hasta los pensamientos filosóficos y los recuer- dos *lacerantes* (1) del pais de nuestros mayores.

(1) Esta palabra está subrayada en la carta que tenemos á la vista.

Hay momentos en los que sueño en- todo lo que amé, momentos en los que me paseo por San Antonio y en que re- cuerdo los dolores y las escasas alegrías que experimenté en Ginebra.

Hay momentos en que se presentan á mi vista las facciones de mis amigos y de mis padres y algunos sitios consagra- dos por los recuerdos, y me despiertan de este letargo los gritos del aguador de Pa- ris, que me hacen sufrir dolorosamente. Con frecuencia, al retirarme á mi cuarto solitario, fatigado de cuerpo y de espíri- tu, me dejo caer en una silla y me aco- mete una pesadilla amarga, sombría y delirante. Todo me recuerda á mis pobres padres, á quienes causé tantas penas. Echo de menos mi cuarto de Ginebra, en el que tanto sufrí, y la clase, y á mi- tio, y el rincon de la casa donde nos ca- lentábamos al fuego, y los rostros cono- cidos y las calles familiares. Destino es del hombre echar de menos lo que no tiene y rechazarlo en cuanto lo en- cuentra.

Atormenta á mi pobre alma el aburri- miento á los veintiun años, las dudas áridas, los lamentos vagos de la felicidad entrevista vagamente tambien, dolores positivos y dolores ideales, la persuasion de la infelicidad y la certeza de que ni aun la fortuna completa me procuraria completa ventura. ¡Oh mi querido y único amigo, desventurado destino es el de los séres que nacieron para ser des- graciados!

A veces, sin embargo, me parece que re- suena en mis oídos música aérea, una melodía melancólica y extraña; el torbe- llino de los hombres, vibrando de esfera en esfera, llega hasta mí, y me parece que la posibilidad de dolores tranquilos y majestuosos se refleja en el horizonte de mi pensamiento, como los rios de pais- es lejanos en el horizonte de la imagi- nacion. Pero todo esto se desvanece ante la cruel realidad de la vida posi- tiva.

Muchas veces he dicho como Rousseau: “En esta ciudad de lodo y de humo, ¡cuánto ha debido sufrir aquella alma tierna!”, Aislada, errante y atormentada como yo, gemiria en Paris como yo gimo.

A pesar de esto, tuve dos ó tres momen- tos de éxtasis. Un dia en el teatro de la Opera, la deliciosa música del *Sitio de Co- rinto* consiguió hacerme olvidar los su- frimientos. Sabeis que me gusta la ele- gancia, la suntuosidad, los títulos y todo lo que nos hace ocupar las alturas del

mundo, á lo menos exteriormente. Pues bien, esas impresiones que me hacian re- cibir en Ginebra las fisonomías distin- guidas, las almas nobles, los grandes personajes, las libreas y los trenes, las galas de la civilizacion entre las galas de la naturaleza, espectáculo que con- vierte á Ginebra en la ciudad quizás úni- ca de Europa, con relacion á su grande- za, esas mismas impresiones solo las he vuelto á encontrar en Paris, en el teatro de la Opera, y leyendo otra vez la vida de Alfieri, escrita por él mismo y que no habia leído en cuatro años. ¡Cuántas co- sas han sucedido desde entonces! Estaba en el teatro de la Opera y me trastorna- ban el prestigio de la música, la mag- nificencia del teatro, los tocados y las fisonomías que asomaban en los palcos; aspirando todo esto me creia príncipe, rico y honrado; los pórticos de un mun- do, que solo es bello para mí porque lo desconozco, se dibujaban á mi vista ro- deados de una aureola de elegancia y de grandeza. Me olvidaba de mi verdadera situacion, ó mejor dicho, trataba de con- vencerme de que iba á terminar. Aunque me rodeaban los sencillos espectadores del patio, mi vista y mi alma estaban en los palcos. Solo miraba encima de mí, y estaba sumergido en un Océano de ilu- siones, de esperanzas desmesuradas, de armonía, de esplendores y de vanidades. En semejante estado pasé media hora. ¡Tristes y amargos fueron los momentos que le siguieron! Otro tanto puede de- cirse de la vida errante del rico, noble y desgraciado Alfieri. Sabemos despojar á la desgracia de su envoltorio positivo, y puedo contemplarla en su horrorosa des- nudez, que es la misma para todas las condiciones, cuando el alma encierra algo que late con más fuerza en nosotros que en la multitud.

Las sensaciones me agobian; dejo la pluma y voy á soñar.

.
Vuelvo á escribir hoy 27 de Diciembre. Estoy sufriendo sin cesar; he tenido mo- tivos terribles, pero no quiero que os fa- tigen mis lamentos. Son ya más de las doce, por lo tanto hemos entrado en el dia 28. Algunos coches ruedan aun por las calles, pero el público ha salido ya del Odeon. Reina en el invierno la tris- teza, la soledad y la oscuridad de la no- che. Estoy velando en el hogar de un piso cuarto de la calle des Josses-Saint- Germain-des-Prés. Mi cuarto está aisla- do, y es bastante elegante, y me encuen-

tro faz á faz con mi tristeza y con mi fastidio. Podeis creer que no amo á las mujeres y que no me inspiran el menor deseo físico. Preciso es, pues, que el dolor me absorba por completo.

Estoy ligado con intimidad con Ch. N...; éste es muy expansivo y os gustaria mucho, sobre todo la primera vez: á N... le asoman con frecuencia lágrimas á los ojos cuando habla. Ch. me atestigua una afeccion paternal. Podria acaso reprochársele que es demasiado indulgente con las medianías, pero esto es efecto de su gran bondad. Las veladas las paso los domingos en casa de N... Allí se reunen muchos literatos; dicha reunion me ha hecho conocer á la señora T..., conversar con E... D..., con P..., con el baron T..., con el señor C..., sábio ilustre que se toma mucho interés por mí; con el señor de R..., anticuario é historiador; finalmente, M. J..., que tambien conocí en aquella reunion, es el amigo que creo haber adquirido: es hombre de pensamiento colosal; si su alma fuera más poética, no vacilaria en considerarlo como á hombre sorprendente. Habeis leído los artículos que escribió sobre Walter Scott y sobre otros autores. No es insignificante consuelo de mis penas obtener el aprecio de semejante hombre, y más cuando á primera vista aparece frio, seco y enemigo de las medianías, que desprecia, hasta cuando sabe que han adquirido celebridad.

M. J... se parece á L...; su fisonomía es interesante. Tras su rudeza se oculta su sensibilidad, y su acento y sus modales tienen cierto tinte montañés é inglés. Simpatizamos por el pensamiento, por las inducciones y por la dificultad de expresar lo que sentimos.

Vuelvo á ocuparme de N... para decirros que tiene el aire y las aficiones de un gentil-hombre del campo. Le he dado á leer vuestras poesías, que le han gustado mucho. P. L... vá á publicar sus *Viajes á Grecia*, en verso; he oido leer uno de sus preciosos fragmentos, que es poético como las concepciones de lord Byron, pero carece del pensamiento fecundo y del génio vasto y doliente del bardo inglés. M. L... se parece á Goethe. Lee sus versos de un modo particular, que

les dá encanto; es sencillo, calmoso y reservado; tiene aspecto de protestante: ha viajado mucho, tiene recogidas muchas poesías, pero no quiere publicarlas todas porque las encuentra demasiado individuales. Debo decirros de paso que N... hace más caso de mis poesías que ellas lo merecen. He escrito algunas que no conoceis en Ginebra y en Paris. Soy muy amigo de B..., hijo del poeta y de gran ingenio. F... dá á la escena su P... dentro de un mes; es un drama romántico. F... ha visitado el Cabo y la Martinica; tiene un poema en cartera. No puede negarse que ha nacido con talento juvenil y agradable, pero es preciso no conocerle para que nos gusten sus poesías. No ignorais que ese autor del delicioso juguete titulado *Saint-P...* conoce á L... A..., el historiador duelista, que parece un carnicero civilizado. Dos palabras sobre S...: es un hombre mezcla de charlatan, de iluminado, de Durand, de Swedemborg y de verdadero poeta. Posee notable talento descriptivo; lo he conocido en la única entrevista que he tenido con él; verdad es que la conversacion ha durado tres horas. C..., que es un buen muchacho, redactor de la *Rex...* Prot..., vá á presentarme á Benjamin Constant. Creia ver en C... un pastor grave, y ví que era un atolondrado; pero un aturdido espiritual y de mérito, aunque carece de génio.

Vuestras melodías han aparecido impresas en linda edicion. Las he leído con gran placer: sobre ellas han publicado un artículo en la *R...* Estoy escribiendo otro para la *F...*, y los he recomendado al G... Se hablará de ellas en la *N...* Para conseguir un éxito completo se necesitarian encomiadores que no teneis, y temo que solo se venda un corto número de ejemplares. Es tal el descrédito de la poesia en estos tiempos, que para formarse una idea es preciso vivir en Paris. Aquí sucede peor que en Ginebra; nadie lee versos, y mucho menos los compran. L... D... y *** son las únicas excepciones de la regla. Por otra parte, en Paris todos escriben versos: se leen tantas poesías manuscritas, que un autor extranjero es difícil que se abra paso si solo le protege su talento. Que esteis lejos de Paris perjudica al éxito de vuestro libro, pero es favorable para vuestra dicha. Esta Babilonia os disgustaria y os aburriria, causándoos fatiga y tristeza. Ignoro el estado en que os encontrais en Florencia, pero indudablemente estaríais peor en Paris, sin contar con la gran di-

ficultad que hay aquí para procurarse la vida: hasta ahora nada gano, y eso que no me faltan amigos verdaderos que se afanan por procurarme trabajo. Me han asegurado que sois amigo de L... Describidmelo, porque quiero convenirme de que es tal como yo lo he soñado: un lord Byron francés apático, vanidoso, afectado, dotado de pensamiento devorador, de génio fluyente, de buen tono y elegante, que vive en una atmósfera poética y extraña que en nada se parece á la turbia atmósfera en que viven los literatos en Paris. Es la una y media; interrumpo la carta; pienso escribiros más al respaldo de las cuartillas de las dos elegías que os incluyo.

Son las ocho de la noche y estamos á 31 de marzo. El dolor me trastorna y la desesperacion sobrepuja á mis fuerzas. He sufrido hoy lo que no es decible; se ha apoderado de mí un acceso de fiebre, producida por el exceso de las penas morales. No sufriria tanto si pudiera persuadirme de que alguna vez pudiera llegar á ser dichoso; pero el presente me oscurece el porvenir. Conoceis mi carácter extraño. Acabo de hacer un descubrimiento en mí mismo: acabo de descubrir que no soy realmente desgraciado, por esto ó por aquello, sino porque en mi interior existe un dolor permanente que adquiere diferentes formas. Sabeis por cuántos motivos he sido desgraciado hasta ahora, ó por mejor decir, de cuántos modos el hígado, la bilis, ó sea el principio que me atormenta, se me ha reproducido. Unas veces me aflige no haber nacido en Inglaterra, otras no ser apto para las ciencias; ya me aflige no ser rico, ya tener que luchar con la miseria y las preocupaciones, ya ser desconocido. Sabeis que cuando me encontraba en Ginebra, creia que si lograba pisar el suelo de Paris seria feliz. Pues bien, amigo mio, estoy relacionado con casi todos los literatos más distinguidos: algunos, como Ch. y N..., son ilustres amigos míos, casi casi tan amigos como vos. Mi vanidad, pues, está satisfecha; con frecuencia experimento en los salones momentos de satisfaccion mundana; á veces me han embriagado los insignificantes y fugaces triunfos que proporciona una velada; y á pesar de todo esto, el fondo, la casi totalidad de mi vida, la constituye, no diré una desgracia, pero sí un árido cáncer, un plomo líquido que corre por mis venas; si pudiera vérseme el alma, daria

compasion; temo volverme loco. Desde que me encuentro en Paris, mi dolor ha tomado cinco ó seis formas distintas. A mi llegada me torturó el recuerdo de la patria y la incertidumbre respecto al porvenir; en seguida el sentimiento de mi aislamiento y de mi nulidad; luego el vacío que ocupaba el horroroso tumulto de sensaciones de que os acabo de hablar; y por último, desde hace dos meses, el tormento que me causan todas mis facultades de dolor reunidas en un solo punto. Apenas me atrevo á decirlo; pero os ruego que solo veais en mis palabras una forma del dolor, una de las apariencias de la úlcera que me corroe; no me juzgueis segun las reglas comunes, fijaos en el mal y no en su objeto; el punto central de mis males es no haber nacido inglés. Os suplico que no os riais de mí, ya que estoy sufriendo horrorosamente. Los enamorados son monomaniacos como yo, no tienen más que una idea que absorbe todas sus sensaciones. Leí hace poco *Valeria*, de madama de Krudener; no puedo expresar las sensaciones que me ha producido. Ese libro sorprendente, que me hubiera fastidiado en otro tiempo, ahora me ha desgarrado el corazon; ha sucedido así porque Gustavo, lo mismo que yo, es víctima de una pasion devoradora, ó mejor dicho, de una energía de sensaciones que le devoran y que le impulsan hácia el alimento natural del amor; mientras que esa misma energía, que lucha en mi alma en el vacío, solo me produce fantasmas. Leí esta novela á la luz de los primeros rayos del sol primaveral, en las vastas y tristes alamedas del Luxemburgo. A cada instante me tenia que parar anonadado.

Voy á explicaros ahora el origen de la pasion que siento por Inglaterra. No ignorais que me complace en vivir con los muertos, en conocer la vida que tuvieron, en habitar con ellos, en seguirles en las peripecias de su existencia, en procurarme sus simpatías, que la ilusion de la distancia engalana y que no puede destruir la presencia de los individuos. Pues bien, en Inglaterra he encontrado lo menos cincuenta poetas de vida aventurera, cuyas obras rebosan ideas y están llenas de imaginacion; en Francia apenas he encontrado tres. Además, si hubiera nacido inglés, podria contar con una patria á la que yo hubiese amado hasta en sus preocupaciones; porque encuentro gran poesia en las antiguas costumbres de Inglaterra y gran imagina-